

importa precaver á tiempo. Entonces conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la población, será mayor el número de los pobres, y más dura su pobreza. No es este el lugar, ni cumple tampoco á nuestro propósito, de señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bástanos consignarle aquí para llamar la atención de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto á los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver más nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *hacerlos buenos, y hacerles bien.*—J. B.

POLÉMICA RELIGIOSA.

SEGUNDA CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

MULTITUD DE RELIGIONES.

Voy á pagar, mi querido amigo, la deuda que en mi anterior contraje de responder á la dificultad que V. me proponía, relativa á la permisión de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religión, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mi-

rarla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la encubran y disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatlarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré además, que no niego que haya en esto un misterio profuudo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objeción indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos más mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religión católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay más que una religión verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvación, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios, y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa que consideramos como una inmensa calamidad la alteración de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo más mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religión que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distinción de razas, pue-

den contemplar con menos dolor esas aberraciones de la humanidad; pero esto no es dado á los católicos, para quienes no hay verdad ni salvación fuera de la Iglesia, y que además están obligados á mirar á todos los hombres como hermanos, y desearles de lo íntimo del corazón que abran los ojos á la luz de la fe, y que entren en el camino de la salud eterna. Bien se echa de ver que no trato como suele decirse de huir el cuerpo á la dificultad, y que antes procuro pintarla con vivos colores. Ahora voy á examinar su valor, presentándola bajo un punto de vista en que por desgracia no se la considera comunmente.

Tienen los dialécticos un principio que dice, *quot nimis probat nihil probat; lo que prueba demasiado no prueba nada*; lo que significa, que cuando un argumento cualquiera no sólo concluye lo que nosotros nos proponemos, sino también lo que á las claras es falso, de nada sirve para probar ni aun lo que nosotros intentamos. La razón en que este principio se funda es muy clara: lo que conduce á un resultado falso, ha de ser falso también; luego por más especioso que sea un argumento, por más apariencias que tenga de solidez, por el mismo hecho de llevarnos á una consecuencia falsa, nos da una infalible señal de que, ó entraña alguna falsedad en las proposiciones de que se compone, ó algún vicio de razonamiento en el enlace de las mismas, y por tanto en la deducción á que nos lleva. Si por ejemplo, me propongo demostrar que la suma de los ángulos de un triángulo es mayor que un recto, y con mi demostración pruebo que dicha suma es mayor que dos rectos, esta demostración de nada servirá, porque con ella pruebo demasiado, es decir, que es mayor que dos rectos, lo que no puede ser; y este resultado será para mí una infalible señal de que hay un vacío en la demostración, y que no puedo aprovecharme de ella para probar nada.

Otros ejemplos: si examinando un antiguo manuscrito, pretendo desecharle como apócrifo, y señalo para ello una razón crítica, de la que resulten condenados también, códices cuya autenticidad no admita duda, claro es que debo

apartarme de mi razonamiento, seguro de que está mal concebido; prueba demasiado y por lo mismo no prueba nada. Si examinando la veracidad de la narración de un viajero me empeño en que se ha de dar fe á sus palabras alegando razones de las que se infiriese que es menester dar crédito á otras relaciones conocidamente falsas; mi manera de discurrir sería mala también, porque probaría demasiado.

Perdone V., mi querido amigo, si me he detenido algún tanto en desenvolver este principio que en muchísimos casos sirve, y de que pienso hacer uso en la cuestión que nos ocupa: y con esto entenderá V. que no juzgo del todo inútiles las reglas para bien discurrir, y que mi desconfianza en los filósofos no se extiende á todo lo que se halla en la filosofía.

Apliquemos estos principios. Se nos objeta á los católicos la multiplicidad de religiones, como si á nosotros únicamente embarazara la dificultad, como si todos los que profesan un culto, sea el que fuere, no debiesen sobrellevar *in solidum* todos los inconvenientes que de ahí puedan resultar. En efecto: si la multiplicidad de religiones algo prueba contra la verdad de la católica, lo mismo prueba contra la de todas; tenemos pues que no sólo viene al suelo la nuestra, sino cuantas existen y han existido. Además: si la dificultad que se levanta contra la permisión de este mal significa algo, es nada menos que una completa negación de toda providencia, es decir la negación de Dios, el ateísmo. La razón es obvia: el mal de la multiplicidad de religiones es innegable; está á nuestra vista en la actualidad, y la historia entera es un irrefragable testimonio de que lo mismo ha sucedido desde tiempos muy remotos: si se pretende pues que la Providencia no puede permitirlo, se pretende también que la Providencia no existe, es decir que no hay Dios.

Infírese de aquí que la permisión de la muchedumbre de religiones es una dificultad que embaraza al católico y al protestante, al idólatra y al musulmán, al hombre

que admite una religión cualquiera, como al que no profesa ninguna, con tal que no niegue la existencia de Dios. Por ejemplo: si se me presenta un mahometano con su Alcorán y su Profeta, pretendiendo que su religión es verdadera, y que ha sido revelada por el mismo Dios, le podré objetar el argumento y decirle: «si tu creencia es verdadera, ¿cómo es que Dios permite tantas otras? si se engañan miserablemente los que viven en religión diferente de la tuya, ¿por qué permite Dios que todos los demás pueblos del mundo permanezcan privados de la luz?» A quien no niegue la existencia de Dios, imposible le ha de ser el no admitir su bondad y providencia; un Dios malo, un Dios que no cuida de la obra que él mismo ha criado, es un absurdo que no tiene lugar en una cabeza bien organizada; y hasta me atreveré á decir, que menos imposible se hace el concebir el ateísmo en todo su horror y negrura, que no la opinión que admite un Dios ciego, negligente y malo. Suponiendo pues la existencia de un Dios con bondad y providencia, queda en pie la misma dificultad arriba propuesta: ¿cómo es que permite que el humano linaje yerre tan lastimosamente en el negocio más grave é importante que es la religión? Si se nos dijera que Dios se da por satisfecho de los homenajes de la criatura, sean cuales fueren las creencias que profese, y el culto que le tribute la expresión de su gratitud y acatamiento, entonces preguntaremos, ¿cómo es posible que á los ojos de un ser de infinita verdad sean indiferentes la verdad y el error? ¿cómo es dable concebir que á los ojos de la santidad infinita sean indiferentes la santidad y la abominación? ¿cómo es posible que un Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente pródigo, no haya cuidado de proporcionar á sus criaturas algunos medios para alcanzar la verdad, para saber cuál era el modo que le era agradable de recibir los obsequios y las súplicas de los mortales? Si las religiones sólo tuviesen entre sí diferencias muy ligeras, el absurdo de darlas todas por buenas fuera menos repugnante; pero recuérdese que casi todas

ellas están diametralmente opuestas en puntos importantísimos; que las unas admiten un solo Dios, y otras los adoran en crecido número; que unas reconocen el libre albedrío del hombre, y otras lo desechan; que unas asientan por uno de los principios fundamentales la creación, y otras se avienen con la eternidad de la materia; recórrase la enorme variedad de sus respectivos dogmas, de su moral, de su culto, y dígase si no es el mayor de los absurdos el suponer que Dios pueda darse por satisfecho con adoraciones tan contradictorias.

Vea V., mi estimado amigo, cuán bien se aplica á esta cuestión el principio dialéctico que más arriba he recordado; y cómo una dificultad que algunos se empeñan en dirigir exclusivamente contra los católicos, no les toca á ellos únicamente, sino á todos los hombres que profesan una religión, y aun á los puros deístas. ¿Qué debe hacerse en semejantes casos? ¿Cómo se pueden obviar tamañas dificultades? He aquí el camino que en mi concepto debe seguir un hombre juicioso y prudente: he aquí la manera de discurrir más conforme á razón: «El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe también, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradicción no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer pues es buscar el modo con que pueda desaparecer esa contradicción; y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.»

Si bien se observa, en los negocios más comunes de la vida, hacemos á cada paso un raciocinio semejante. Nos encontramos con dos hechos, cuya coexistencia nos parece imposible; á nuestro juicio se excluyen, se repugnan: pero ¿nos obstinamos por esto en negar que los hechos existan, cuando tenemos bastantes motivos para darnos la competente certeza? De seguro que no. «Esto es para mí un misterio, decimos, no lo entiendo; me parece imposible que así sea, pero veo que así es.» En seguida, si la

cosa vale la pena, buscamos la razón secreta que nos explique el misterio; pero si no damos con ella, no por esto nos creemos con derecho de desechar aquellos extremos de cuya existencia no podemos dudar, por más que nos parezcan contradictorios.

Por donde verá V., mi estimado amigo, que una inconcebible ceguera nos impide á menudo el emplear en el examen de las verdades más importantes, que son las religiosas, aquellas reglas de prudencia de que nos valemos en los negocios más comunes; y rechazamos como ofensiva de nuestra independencia y de la dignidad de nuestra razón, aquella conducta que no vacilamos en seguir á cada paso en la dirección y arreglo de nuestros más pequeños asuntos.

Tan grabados tengo en mi ánimo estos principios enseñados por la buena lógica y por la más sana prudencia, que me sirven sobre manera en muchas otras dificultades pertenecientes á la religión, y no dejan que se perturbe mi espíritu á la vista de la obscuridad que en ellas descubro, y que en mi debilidad no soy bastante á desvanecer. ¿Qué consideraciones más espantosas que las sugeridas por la terrible dificultad de conciliar la libertad humana con los dogmas de la presciencia y la predestinación? Si el hombre no atiende á más que á la certeza é infalibilidad de la presciencia divina, quédase sobrecogido de horror, erízansele los cabellos á la sola consideración de la fijeza del destino, la sangre se le hiela en las venas al pensar que antes de nacer él ya sabía Dios cuál había de ser su paradero; pero, tan luego como reflexiona un instante, sobreponiéndose al terror y á la desesperación que se apoderaban de su alma, encuentra abundantes motivos para sosegarle; halla aquí un misterio pavoroso, es verdad, pero que no le abate ni desalienta.

«¿Eres libre, se dice á sí mismo, para obrar el bien y el mal? sí, dudarle no puedes, te lo enseña la fe, te lo dicta la razón; lo experimentas por un sentido íntimo, y con experiencia tan clara, tan infalible, que no quedas

más cierto de tu existencia que de tu libre albedrío. Luego nada importa que no comprendas cómo esta libertad se concilia con la presciencia de Dios.»

«Este misterio que yo no comprendo, ¿debe alterar en algo mi conducta, volviéndome flojo para el bien, y poco cuidadoso de evitar el mal? ¿es prudente, es lógico el pensar que haga yo lo que quiera, siempre se verificará lo que Dios tiene previsto, y que por consiguiente son vanos todos mis esfuerzos en seguir el camino de la virtud? No. ¿Y por qué? porque lo que prueba demasiado no prueba nada; y si este raciocinio valiera, se seguiría que tampoco he de cuidar de mis negocios temporales, porque al fin no será de ellos más de lo que Dios tiene previsto; que por la misma razón, no he de comer para sustentarme, ni guarecerme de la intemperie, ni andar con tiento al pasar por la orilla de un precipicio, ni medicarme cuando me halle indispuerto, ni retirarme cuando se me viene encima un caballo desbocado, ni salir de una casa que se está desplomando, y cien y cien otras locuras por este jaez; es decir, que el atenerme á tal regla me privaría de sentido común, hasta de juicio, haría de mí un loco rematado. Luego la tal regla es falsa, luego de nada debe servirme, luego lo que he de hacer es dejarle á Dios sus incomprendibles arcanos, y portarme yo como hombre recto, juicioso y prudente.»

A esto vienen á parar muchas de las dificultades que contra la religión se proponen: miradas superficialmente ofrecen una balumba abrumadora; examinadas de cerca, al tocarlas con la vara de la razón y del buen sentido, desaparecen cual vanas fantasmas.

Veamos ahora si se puede encontrar la razón de que Dios permita tal muchedumbre de religiones, tal masa de informes errores en el punto que más interesa al humano linaje. La explicación de este misterio, yo no alcanzo que pueda encontrarse sino en otro misterio, en el dogma de la Religión católica sobre la prevaricación y consiguiente degeneración de la descendencia de Adán. *El pecado, y co-*

mo su consiguiente castigo, *las tinieblas en el entendimiento, la corrupción en la voluntad*; he aquí la fórmula para resolver el problema; revolved la historia, consultad la filosofía; nada os dirán que pueda ilustraros, si no se atienen á este hecho misterioso, obscuro, pero que como ha dicho Pascal, es menos incomprendible al hombre que no lo es el hombre sin él.

Esta es la única clave para descifrar el enigma; sólo por ella alcanzamos á explicar esas lamentables aberraciones de la mayor parte de la humanidad: no hay otro medio de dar una explicación plausible á esta calamidad inmensa, como ni á tantas otras que afligen la infortunada prole de los primeros prevaricadores. El dogma es incomprendible, es verdad; pero atreveos á desecharle, y el mundo se os convierte en un caos, y la historia de la humanidad no es más que una serie de catástrofes sin razón ni objeto, y la vida del individuo es una cadena de miserias; y no encontráis por do quiera sino el mal, y el mal sin contrapeso, sin compensación; todas las ideas de orden, de justicia, se confunden en vuestra mente, y renegando de la creación, acabáis por negar á Dios.

Sentad al contrario este dogma como piedra fundamental: el edificio se levanta por sí mismo, vivísima luz esclarece la historia del género humano, divisáis razones profundas, adorables designios, allí donde no vierais sino injusticia, ó acaso; y la serie de los acontecimientos desde la creación hasta nuestros días se desarrolla á vuestros ojos, como un magnífico lienzo donde encontráis las obras de una justicia inflexible y de una misericordia inagotable, combinadas y hermanadas bajo el inefable plan trazado por la sabiduría infinita.

Si entonces me preguntáis ¿por qué tan considerable porción de la humanidad está sentada en las tinieblas y sombras de la muerte? os diré que el primer padre quiso ser como un Dios sabiendo el bien y el mal, que su pecado se ha transmitido á toda su descendencia, y que en justo castigo de tanto orgullo está el género humano tocado

de ceguera. Esta calamidad grande como es, no necesita que se le señale otro manantial que á todas las otras que nos afligen. Las terribles palabras que siguieron al llamamiento de Adán cuando le dijo Dios: «Adán, ¿dónde estás?» resuenan dolorosamente todavía después de tantos siglos; y en todos los acontecimientos de la historia, en todo el curso de la vida, siempre se trasluce el terrible fulgor de la espada de fuego, colocada á la entrada del Paraíso. El *sudor del rostro, la muerte*, se os ofrecerán por do quiera; en ninguna parte notaréis que las cosas sigan el camino ordinario; siempre herirá vuestros ojos la formidable enseña del castigo y la expiación.

Cuanto más se medita sobre estas verdades, más profundas se las encuentra: *in sudore vultus tui vesceris pane*, comerás el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al primer padre; y con este sudor lo come toda su descendencia. Recordad esa pena, haced las aplicaciones á cuantos objetos os plazca, y no hallaréis nada que de ella se exceptúe. *No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*; no se verifica pues la terrible pena sólo con respecto al pedazo de pan que nos sustenta, sino en todo cuanto concierne á nuestra perfección. En nada adelanta el hombre sin penosos trabajos; no llega jamás al punto que desea, sin muchos extravíos que le fatigan; en todo se realiza que la tierra en vez de frutos le da *espigas y abrojos*. ¿Ha de descubrir una verdad? no la alcanza sino después de haber andado largo tiempo tras extravagantes errores; ¿ha de perfeccionar un arte? cien y cien inútiles tentativas fatigan á los que en ello se ocupan, y á buena dicha puede tenerse si recogen los nietos el fruto de lo que sembraron los abuelos. ¿Ha de mejorarse la organización social y política? sangrientas revoluciones preceden la deseada regeneración; y á menudo, después de prolongados padecimientos, se hallan los infelices pueblos en un estado peor del en que antes gemían. ¿Se ha de comunicar á un pueblo la civilización ó cultura de otro? la inoculación se hace con hierro y fuego: generaciones en-

terás se sacrifican para alcanzar un resultado que no verán sino generaciones muy distantes. No veréis al genio sin grandes infortunios; nó la gloria de un pueblo sin torrentes de sangre y de lágrimas; nó el ejercicio de la virtud sin penosos sinsabores; nó el heroísmo sin la persecución; todo lo bello, lo grande, lo sublime, no se alcanza sin dilatados sudores, ni se conserva sin fatigosos trabajos; la ley del castigo, de la expiación, se muestra por todas partes de una manera terrible. Esta es la historia del hombre y de la humanidad: historia dolorosa ciertamente, pero incontestable, auténtica, escrita con letras fatales donde quiera que los hijos de Adán hayan fijado su planta.

Yo no sé, mi estimado amigo, porqué no ha llamado más la atención este punto de vista, y por qué han debido escandalizarse tanto los filósofos, de los dogmas de la religión que tan en armonía se encuentran con lo que nos están diciendo los fastos de todos los tiempos y la experiencia de cada día. La prevaricación y degeneración del humano linaje es el secreto para descifrar los enigmas sobre la vida y los destinos del hombre; y si á esto se añade el adorable misterio de la reparación, comprada con la sangre del Hijo de Dios, forma el más admirable conjunto que imaginarse pueda; un tan sublime sistema, que á la primera ojeada manifiesta su origen divino. Nó, no pudo nacer de cabeza humana combinación tan asombrosa; no pudo el espíritu finito idear un plan tan vasto, tan estupeado, donde se trabaran de tal suerte unos arcanos con otros arcanos, que del fondo de su obscuridad pavorosa arrojan rayos de vivísima luz para esclarecer y resolver todas las cuestiones que sobre el origen y destinos del hombre andaba haciendo la filosofía.

Esto es lo principal que tenía que decirle sobre las dificultades propuestas: ignoro si V. quedará enteramente satisfecho; sea como fuere, lo que puedo asegurarle con toda la sinceridad y convicción de que soy capaz, es que, en las obras de todos los filósofos desde Platón hasta Cousin, no hallará V. sobre este particular nada con que un espí-

ritu sólido pueda contentarse, si no está tomado de la religión. Ellos lo saben, y ellos propios lo confiesan. Una vez han llegado á dudar de la divinidad del cristianismo, no saben de qué asirse: acumulan sistemas sobre sistemas, palabras sobre palabras; si su espíritu no es de alto temple, abandonan la tarea de investigar, fastidiados de no divisar en ningún confín del horizonte un rayo de luz; y se abandonan al *positivismo*, ó en otros términos, procuran sacar partido de la vida disfrutando de las comodidades y placeres. Si su alma es nacida para la ciencia, si sedienta de verdad no quiere abandonar la tarea de buscarla, por grandes que sean las fatigas, y patente la inutilidad de los esfuerzos, sufren durante toda su vida, y acaban sus días con la duda en el entendimiento y la tristeza en el corazón.

En la actualidad, entusiasta como es V. de la filosofía, y admirador de ciertos nombres, no comprenderá fácilmente toda la verdad y exactitud de mis palabras; pero día vendrá en que recuerde mis avisos aun mucho antes de que blanqueen su cabeza las canas. No, no necesitará V. que la tardía vejez cargada de escarmientos y desengaños, venga á abrirle los ojos: no sé si los abrirá V. para ver y abrazar la verdadera religión, pero sí al menos para conocer la futilidad de todos los sistemas filosóficos en lo tocante al origen, vida y destino del hombre. ¿Qué más? ni siquiera necesitará V. estudiarlos á fondo para quedarse profundamente convencido de la impotencia del espíritu humano, abandonado á sus propios recursos: en el vestíbulo del mismo templo de la filosofía encontrará la duda y el escepticismo; y penetrando en su santuario oirá el orgullo disputando sobre objetos de poca entidad, ocupándose en juegos de palabras simbólicas é ininteligibles, y procurando en cuanto le es posible ocultar su ignorancia, eludiendo con una afectada preterición las cuestiones que más de cerca nos interesan, cuales son las relativas á Dios y al hombre. No se deje V. deslumbrar con los vanos títulos con que se adornan los diferentes

sistemas, ni se abandone á supersticiosas creencias con respecto á los pretendidos misterios de la filosofía alemana, ni tome V. por profundidad de ciencia la obscuridad del lenguaje. No olvidemos que la sencillez es el carácter de la verdad; y que poco fia de sus descubrimientos quien no se atreve á presentarlos á la luz del día. Estos tan ponderados filósofos, que rodeados de tinieblas viven como trabajadores que estuviesen explotando riquísimas minas en las entrañas de la tierra, ¿por qué no nos manifiestan el oro puro que han recogido? Otro día, si la oportunidad se brinda, entraremos de nuevo en esta discusión; entre tanto disponga de su afectísimo.—J. B.

EL DOCTOR NEWMAN,

EL PUSEÍSMO,

Y UNA RETRACTACIÓN EXTRAORDINARIA.

Repetidas veces hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la revolución religiosa que se está verificando en Inglaterra, cayendo más y más en descrédito la iglesia establecida, y aumentándose las tendencias hacia el catolicismo. Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford, y sabio distinguido, ha dado el nombre á una escuela, que sin condenar decididamente el anglicanismo le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo en cierto modo la apología de la Iglesia católica, sin que se resuelva á entrar en su seno. Al lado de Pusey figura un escritor que se ha señalado sobre manera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma uni-

versidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posición para servir de instrumento á la Providencia, el día que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer á la Inglaterra y á la Europa, un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos á decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título *Lyra Apostólica* había llamado á la Iglesia romana *iglesia perdida*; en una obra sobre los Arrianos había hablado de la *apostasia papal*; en otra titulada *Tracts for the Times* declaraba que Roma era *hereje*, que había apostatado en la época del Concilio de Trento, que la *comuni6n romana se habia ligado para siempre con la causa del Anti-cristo, que habia sustituido la mentira á la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste*. Las expresiones que se acaban de leer no las había soltado el autor en sus más recientes publicaciones, dadas á luz con más conocimiento de causa y con más espíritu de justicia en favor de la verdad. Sin embargo lo que había dicho en los últimos años en favor del catolicismo, no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto á lo que se había permitido en las anteriores; y así ha creído de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores. Para esto ha apelado al medio más sencillo y expedito, y al mismo tiempo muy honroso á la rectitud de sus intenciones, publicando en los periódicos una solemne retractación de cuanto había dicho:

Conócese que el doctor Newman sentía no leves escrúpulos al permitirse tan destempladas expresiones contra la Iglesia romana; y es curioso el oírle cuando nos explica con cándida sencillez lo que á la sazón pasaba en su espíritu. «Si me preguntáis cómo puede permitirse un simple individuo pensar y mucho menos publicar semejantes cosas, sobre una comuni6n tan antigua, tan extendida, y